

JUBILEO DE LOS TRABAJADORES

Santuario de Jesús Nazareno del Rescate, 19 de marzo del 2000

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy, 19 de marzo, es la fiesta de San José, que fue escogida por nuestra Arquidiócesis para celebrar el Jubileo de los Trabajadores. La fiesta de San José es muy apropiada para celebrar la dignidad y la belleza del trabajo humano, pues en el taller de Nazaret José trabajó humildemente para el sostén de la Sagrada Familia y, además, con él aprendió Jesús, desde edad temprana, a trabajar con sus propias manos. Es decir, el Hijo de Dios hecho hombre compartió el trabajo humano con San José en el taller vecino al hogar de Nazaret.

Al coincidir hoy, 19 de marzo, con el segundo domingo de Cuaresma, esta Eucaristía debe celebrarse según la Liturgia propia del domingo, en este tiempo de gracia que nos prepara a la gran solemnidad de la Pascua, cuando la Iglesia revive en la fe la Muerte y la Resurrección de nuestro Señor Jesucristo.

Le pedimos, pues, a San José que él, que estuvo tan cerca del hijo de Dios y que lo conoció como pocos, nos alcance del Señor la fe necesaria para que podamos penetrar en el significado de la venida de Jesús a compartir todo lo nuestro, también el trabajo humano. Solo contemplándolo a Él y haciendo nuestro su amor al Padre y su entrega a todos, puede transformarse nuestra vida, haciendo de ella y del trabajo de nuestras manos una ofrenda amorosa con Cristo al Padre.

El hombre y la mujer de fe, se manifiestan al mundo de modo muy especial en su capacidad para ofrecer a Dios sus esfuerzos, las cosas más costosas, las que resultan difíciles o incomprensibles. Todo el mundo reconoce a una persona religiosa en el aguante de su fe ante los desafíos de la vida; cuando mantiene inquebrantable su fidelidad a Dios en quien cree y confía.

Hoy se nos presenta la figura de Abraham; llamado con justeza nuestro padre en la fe. Si seguimos sus pasos desde que partió de Ur de Caldea, se nos revela como un titán de la fe. Ya mayor y rico, con mucho ganado y posesiones, siente la voz de Dios que le dice: «*Deja tu tierra y vete a la tierra que yo te daré*». Y Abraham partió: supo desprenderse de todo para seguir al Señor.

Él y su esposa llevaban mucho tiempo de casados y no habían tenido hijos. Dios le promete que será padre de una gran descendencia y creyó Abraham a la promesa de Dios. Tuvo al fin un hijo: Isaac y, según la costumbre de los pueblos primitivos de donde venía, siente en su interior como si Dios le pidiera que sacrificara a su hijo, ya adolescente, que lo inmolara al Señor. El resto lo conocen bien por el relato estremecedor que hemos escuchado hoy. Dios detiene la mano de Abraham y le dice que no haga eso, que basta su disponibilidad de darle todo a Dios, que en la religión verdadera nunca se sacrifica a un ser humano, que el sacrificio y la ofrenda se hacen de corazón y desde lo hondo de nosotros mismos.

En su Carta a los Romanos, San Pablo nos habla también de un sacrificio, nos recuerda una vez más el gran misterio que centra nuestra fe: el Padre Dios entregó a la muerte a su propio Hijo por nosotros. Hasta ese punto, Él nos ha amado. Fíjense que Pablo propone el camino descendente de Dios hacia nosotros que se parece, pero es diverso, al camino ascendente de Abraham y de los hombres de fe hasta Dios. Abraham, por amor a Dios, quiere sacrificar a su propio hijo y a Dios le basta la disposición del corazón de Abraham. Pero Dios nuestro Padre,

por amor a nosotros, nos entrega a su Hijo y su Hijo es llevado hasta la muerte. Es claro que Jesús no es una víctima ignorante de su suerte, como lo era Isaac. El Padre lo dejó en manos de los hombres, y de los hombres malvados, pero Jesús describe cuál es la dinámica personal de su entrega: *«mi vida nadie me la quita, soy yo quien la doy»*. Es tan grande el amor que Dios Padre nos ha mostrado en Cristo, que San Pablo confía plenamente en la salvación de los que hemos sido elegidos para ser justificados, perdonados por Dios. ¿Quién nos podrá condenar?, dice Pablo, ¿será acaso Cristo que murió, más aún, que resucitó y está a la derecha de Dios?

Aquí está el contenido central de nuestra fe cristiana: Dios envió a su Hijo, que murió y resucitó e intercede junto al Padre por nosotros. Esta fe pascual, que proclamaremos en la solemne Vigilia del Sábado Santo, es la que sustenta y dinamiza nuestra vida cristiana. Es una fe que afirma nuestra entrega y nuestro sacrificio en unión con Cristo y que proclama, al mismo tiempo, la victoria del amor y de la vida alcanzada por Jesús. Muerte y Resurrección son las dos caras de la moneda única que nos adquirió la salvación.

Es esto lo que Jesús quería anticiparles a Pedro, a Santiago y a Juan cuando los llevó a lo alto de la montaña y se transfiguró delante de ellos. Hubieran querido quedarse allí, no sabían lo que decían, tanta paz y tanto gozo llenaban su alma. Pero, al bajar de la montaña, Jesús les dice que no cuenten a nadie lo que han visto hasta que Él haya resucitado de entre los muertos. Y esto se les quedó grabado y discutían sobre qué habría querido decir. La luz, el resplandor radiante, la voz del Padre: esto era una especie de resurrección anticipada de Jesús. Ahí sí nos sentimos bien. ¿Por qué no se quedó Jesús ya así glorioso y resplandeciente?, ¿por qué tenía que pasar por la muerte?, ¿qué quería decir?

Si Jesús no hubiera asumido el sufrimiento humano y la muerte, no había compartido todo lo nuestro. Si los apóstoles de Jesús y todos nosotros no aceptamos la Cruz del sufrimiento en nuestras vidas para hacer ofrenda de ella con Cristo al Padre, nos pareceríamos a Pedro, Santiago y Juan, bajando de la montaña sin comprender nada.

Pero la experiencia dolorosa del Calvario, la mañana radiante de la Pascua y la acción del Espíritu Santo harían a los apóstoles no solo comprender, sino convertirse en testigos. Ahora sí se lo debían contar a todo el mundo, aunque les costara la vida. Ahora, ellos también se habían transfigurado.

La misión del cristiano en el mundo es transfigurar la vida de los hombres y mujeres que encuentra a su paso, por medio de la transfiguración de su propia vida. Esa debe ser la espiritualidad de todo seguidor de Jesús de Nazaret, esa es también la espiritualidad del trabajador cristiano, pero con la especificación que le da su relación real al mundo del trabajo.

Son el mundo del trabajo y las personas de los trabajadores los que deben recibir el resplandor de la luz de Cristo y experimentar esa transformación que logre superar los límites y agobios en el hombre y la mujer que trabajan, abriéndolos a la confianza en Cristo que vence el mal. Esto puede parecer una utopía, pero su realización dependerá de la fe activa y comprometida de los trabajadores cristianos.

De todos los ambientes donde vive y se relaciona el hombre, el más difícil es el mundo laboral. El trabajo se ha hecho cada vez más dependiente, más despersonalizado. Pocos hombres y mujeres encuentran gusto en lo que hacen o llegan a captar el sentido del trabajo, sino lo ven únicamente como un medio para subsistir. La parte penosa del trabajo humano: el cansancio, el aburrimiento, la monotonía, van envolviendo al trabajador en una actitud de resignación ante el esfuerzo de cada día. De esto no escapa tampoco el cristiano, si no es por medio de una espiritualidad seria y comprometida.

Hay dos maneras de encarar esa espiritualidad. Una fue muy propia de un pasado no tan lejano y puede perdurar aún en no pocos cristianos. El trabajo es penoso y lleva consigo el peso de la Cruz. La espiritualidad del trabajador consiste, pues, en hacer ofrenda con Cristo al Padre del dolor y el cansancio que causa el trabajo. Si esto es cierto para muchos aspectos no solo del trabajo, sino de la vida humana en general, a ello no puede limitarse la espiritualidad del trabajador cristiano, que está invitado, como laico, al compromiso con sus hermanos en orden a la promoción del trabajador, del mejoramiento de las condiciones de trabajo y del salario; redescubriendo el papel creador del trabajo humano que hace ver en el hombre trabajador la semejanza con Dios creador.

La grandeza del trabajo humano nos la describe el Papa Juan Pablo II: *El trabajo responde al designio y a la voluntad de Dios. Dios llama al hombre a trabajar, para que se asemeje a Él. El trabajo no constituye, pues, un hecho accesorio ni menos una maldición del cielo. Es, por el contrario, una bendición primordial del Creador, una actividad que permite al individuo realizarse y ofrecer un servicio a la sociedad* (Discurso en Barcelona, 7-11-1982).

La espiritualidad del trabajador cristiano, para que sea válida, debe ser comprometida con su medio laboral, con las preocupaciones y esfuerzos de sus compañeros de trabajo, con sus dificultades laborales y aun extralaborales, como son problemas de familia, de vivienda, de transportación, etc.

En la espiritualidad del trabajo es, pues, inseparable de nuestra condición de colaboradores de Dios en su plan creador y de nuestra ofrenda personal de los esfuerzos y penalidades del trabajo, una perenne dimensión cristiana de solidaridad con todos los que comparten como trabajadores su vida con nosotros. Esta solidaridad debe estar presente, sobre todo, en los trabajadores cristianos hacia sus compañeros de trabajo, pero debe ser también solidaridad de la comunidad cristiana con el mundo de los trabajadores, por medio de la comprensión, la acogida y la búsqueda de soluciones a sus dificultades. En su encíclica *Sollicitudo rei socialis*, el Papa Juan Pablo II nos insiste en que «*la solidaridad nos ayuda a ver al otro –persona, pueblo o nación– no como un instrumento cualquiera para explotar con poco costo su capacidad de trabajo y su resistencia física, abandonándolo cuando ya no sirve, sino como un semejante nuestro, una ayuda, para hacerlo partícipe, como nosotros, del banquete de la vida al que todos los hombres son igualmente invitados por Dios*» (N° 39).

La espiritualidad del mundo del trabajo no es uniforme, porque cada uno de los sectores en que el ser humano realiza su acción laboral condiciona su actitud ante la vida y ante Dios. El hombre o la mujer que trabajan en cadenas de montaje, de producción o de elaboración, aceptan con gran dificultad que su trabajo sea creativo o que los asemeje a Dios creador. Su trabajo es tan repetitivo, tan poco variado o interesante, que les parece que lo más que podría hacerse con ese trabajo es ofrecer su pesadez a Dios. Esto los lleva a buscar otras actividades en la misma Iglesia, que los llenen, para desconectar del trabajo.

Esta actitud puede darse en otros trabajadores cristianos, que tienen incluso empleos o aun profesiones cargadas de responsabilidad o de sentido, pero que buscan en las mismas actividades de la comunidad cristiana despreocuparse de su medio laboral.

Afortunadamente, en muchos países, el movimiento obrero de inspiración cristiana y los sectores especializados de la Acción Católica han dado origen a trabajadores con nueva mentalidad y renovada espiritualidad, fieles a la ley de la encarnación y a los principios de espiritualidad laical enunciados en el Vaticano II. Ellos participan dentro del ámbito laboral, con interés, en todos los objetivos buenos o reducibles al bien y en los esfuerzos por mejorar el

mundo obrero, buscando, dentro de su mismo trabajo y actividad humana y no fuera de ellos, su encuentro con Dios, su propio crecimiento cristiano integral y el servicio a sus hermanos.

Según este modelo, actúa entre nosotros el Movimiento de Trabajadores Cristianos. En este espíritu renovador se esfuerzan en crecer como cristianos, sirviendo a sus hermanos. Pido al Señor que bendiga esos esfuerzos que ustedes hacen en medio de las dificultades propias del mundo del trabajo.

Una de las mayores dificultades que ustedes, como cualquier trabajador cristiano, pueden experimentar en la vivencia de su fe es cómo armonizar su espiritualidad con sus compromisos sociales históricos, pues estos son imprescindibles en una auténtica espiritualidad católica: ¿debemos callar en las reuniones del sindicato o decir nuestra opinión acorde con la doctrina social de la Iglesia en algún punto controvertido?, ¿debo apoyar lo insuficiente aunque no sea totalmente bueno y aceptarlo como un mal menor?

¿En qué aspectos puede ponerse en evidencia en un medio como el nuestro la doctrina social de la Iglesia?, ¿qué modos prácticos emprender para vivir la solidaridad que es expresión del amor cristiano, sobre todo hacia los más necesitados de nuestros compañeros?

Estos y otros interrogantes constituyen, a veces, fuentes de grandes preocupaciones para cada trabajador católico y para los grupos en los que ellos se reúnen, amén de las dificultades que el trabajador cristiano experimenta hoy en su propia familia, que además de las necesidades vitales siente la presión del modelo de mercado consumista que lleva, sobre todo a los más jóvenes, a pensar solamente en clave de avance material. Este mundo del consumo y del mercado relega al trabajo a una simple mercancía, mejor o peor pagada. Por esto, el anuncio del «Evangelio del trabajo» con su dignidad, sus deberes y sus derechos se hace cada día más difícil.

Al respecto nos dice el Papa Juan Pablo II: *Se trata de un anuncio que resulta aún más urgente después de que la caída del marxismo ha dejado campo abierto a la ideología liberal, que tiende a subestimar las exigencias éticas a las que también la economía de mercado debe someterse, para estar al servicio del hombre. Lo que está en juego es el hombre, al que el cristianismo reconoce la altísima dignidad de «imagen de Dios» y al que la Iglesia considera, en Cristo, su «camino primero y fundamental» (Redemptor hominis, 14) (Discurso al Movimiento Cristiano de Trabajadores, 12-12-1992).*

Inmensa es la tarea que presenta a la Iglesia el mundo de hoy, donde los valores no son evidenciados y los derechos de hombres y pueblos son violados.

No bastan grandes declaraciones en foros nacionales e internacionales, porque los textos escritos existen y no se cumplen. Es necesario, más bien, sembrar pacientemente cada día las actitudes positivas que lleven a la dignificación del hombre, apoyando solidariamente todo proyecto que tienda a mejorar al ser humano, dejando saber con toda claridad y lealtad lo que consideramos menos bueno o lesivo de la dignidad del hombre, creado por Dios en santidad, justicia y libertad.

Es así como puede transfigurarse el ser humano y presentarse en toda su grandeza y verdad. Pero recordemos la ley de la encarnación: Jesucristo nos redime desde dentro de la humanidad, asumiendo nuestras miserias, pasando «por uno de tantos». Su total y definitiva transfiguración sucedió al resucitar glorioso en la mañana de Pascua, pero para esto había bebido primero el cáliz del dolor, sufriendo una muerte horrible en la Cruz.

La transfiguración de nuestras vidas, y la de los ambientes donde vivimos y trabajamos, participa también de ese elemento desgarrador de la Cruz; pero no en momentos históricamente separados por el tiempo: todos los días hay Cruz y morimos un poco a nosotros mismos, a nuestro egoísmo, a nuestros pecados; pero cada día experimentamos el aliento y la alegría de la transfiguración en nosotros mismos y en el mundo que nos rodea, si de verdad aceptamos la ley de la encarnación y nos hacemos, como Jesús, todo a todos.

Cada Eucaristía es una subida al monte de la transfiguración. El Cristo de la gloria, que es el mismo de la Cruz, se hace presente realmente por medio del pan y del vino, frutos de la tierra y del trabajo del hombre. Lo único que nosotros podemos ofrecer a Jesús es el pan, fruto de nuestro trabajo, y el vino, fruto también del trabajo y símbolo antiguo de la alegría que hay en la vida cuando se ama y se trabaja con gusto. Esta ofrenda, hecha de sudor y esperanza, va a transfigurarse en Cristo, pero el mismo Cristo, hecho pan partido, vendrá a nuestros corazones para transfigurarnos con el poder de su Espíritu Santo.

Es grande la tarea que tienen por delante, queridos trabajadores cristianos, porque es duro el trabajo de cada día y es inmenso y difícil también el trabajo apostólico en el mundo laboral, pero son grandes los dones del Señor. Enriquecidos con ellos por Dios mismo, podemos repetir con confianza con San Pablo: «*Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?*» y abandonarnos a su amor.

San José, el hombre del silencio respetuoso ante el misterio del Hijo de Dios hecho hombre, les conceda de parte del Señor una fe firme, una esperanza serena y un amor ferviente en el servicio de Dios y de sus hermanos. Así lo pido al Señor en esta Eucaristía.